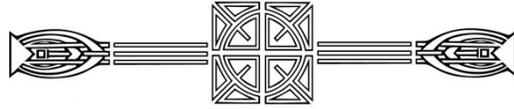


Cuentos de Un Jardín Inglés

Por Josephine Hymes



N*** House, en St James's Square No. 31, Londres¹

Cuento 3: Una enmarañada red



INFO ABOUT RIGHTS

2409299636675

www.safecreative.org/work 2

¹ Todas las ilustraciones en esta serie de cuentos fueron generadas por Josephine Hymes usando Copilot Designer, con apoyo de DALL-E 3

² Los derechos de esta historia están registrados para exigir Atribución-Uso no Comercial -Sin alteraciones o derivados de acuerdo con el Acuerdo Internacional 4.0.

“¡Oh, qué red tan enmarañada tejemos!

Cuando practicamos por primera vez el engaño”³

Con un gesto relajado, Eleanor tomó la taza de té que le sirvió la doncella de la señora Taylor. Tres décadas de confianza y leal amistad mediaban entre la actriz y su anfitriona. Por ello, se sentía segura de que los delicados asuntos que pensaba tratar con el visitante que esperaba iban a permanecer en secreto.

Alicia Taylor, cuyo nombre de soltera había sido Carmichael, era amiga de Eleanor desde que ambas habían trabajado como actrices suplentes en Nueva York, a principios de la década de 1890. Con el tiempo, Eleanor se había convertido en una estrella brillante mientras que Alicia, tres años mayor que Eleanor, se había casado con un joven periodista británico y se había mudado a Londres en 1894. En aquel tiempo, Eleanor había apoyado a su amiga cuando su romance con James Taylor había irrumpido en su vida, que por lo demás había sido pacífica, de una manera que Alicia ni siquiera se hubiera imaginado. James, el joven asistente de un conocido periodista de investigación, estaba en Nueva York sólo por un breve período para seguir la historia del emergente movimiento sindical en los Estados Unidos. Ni Alicia ni James habían planeado enamorarse locamente en tan poco tiempo. Sin embargo, antes de que James pudiera entender lo que había hecho, le había propuesto matrimonio a la joven de diecinueve años después de solamente un mes de haberla conocido. El tiempo no era un lujo que pudieran tener, ya que el joven tenía que regresar a Londres para continuar con su trabajo y no planeaba dejar ir a Alicia.

La joven se había sentido tan abrumada por la presión de tener que enfrentar una decisión de aquella magnitud, que podría haber perdido la oportunidad de un matrimonio feliz, de no haber sido por el apoyo brindado por la joven Eleanor. Con una ingenuidad y un optimismo que sólo se pueden tener a los dieciséis años, Eleanor había desafiado a Alicia a que mirara dentro de sí misma y reconociera la intensidad de sus sentimientos por James. Alicia nunca había olvidado las palabras de aliento de Eleanor y cómo éstas le habían permitido conquistar una vida plena con James y la familia que habían construido juntos.

³ Walter Scott en su poema épico “Marmion: A Tale of Flodden Field” (Marmion: Un cuento del campo de Flodden).

Las dos mujeres, que habían sido inseparables como colegas, habían permanecido siempre en contacto, cada una desempeñado un papel importante en la vida de la otra, a pesar del océano que las separaba, como pronto descubrirán ustedes, queridas lectoras.

—Entonces, ¿estás realmente segura de lo que estás haciendo, Ellie? —preguntó Alicia, dejando su taza de té en la mesa auxiliar más cercana.

Eleanor levantó sus intensos ojos azules que habían estado perdidos en observar ociosamente el claro líquido color marrón en su taza, sin beber mucho de él.

—Por supuesto, debo hablar con él para aclarar las cosas de una vez por todas —respondió Eleanor dejando su té a un lado sobre la superficie de mármol de la mesa de té.

—Estás actuando con una cortesía que ese viejo tonto no merece, Ellie —dijo Alicia con una sonrisa en los labios—, si mal no recuerdo, él no te ofreció consideración alguna cuando te arrebató a tu hijo —agregó, su tono sonaba cada vez más indignado ante las injusticias sufridas por su amiga.

—Sabes bien que yo no soy como él. Entiendo que el bebé también es su nieto y que debe estar informado de mis intenciones y de cómo éstas pueden afectar a sus aspiraciones. ¿Quién sabe? Tal vez incluso lleguemos a un acuerdo amistoso.

—En mi opinión, hacer un pacto con el diablo es demasiado riesgoso —se rio Alicia mientras doblaba la servilleta bordada que tenía en su regazo.

Eleanor no pudo evitar que una media sonrisa se formara en sus labios.

—Evidentemente, no eres la mejor amiga de Richard —comentó Eleanor riéndose entre dientes.

—Bueno, nunca confié en él cuando empezó a cortejarte, y lo sabes . . . Sobre todo, considerando las cosas horribles que hizo para lastimarte a ti y a tu hijo, no me queda más que despreciarlo. Además . . . —hizo una pausa con una casi imperceptible mueca.

—¿Además?

—Bueno —añadió Alicia encogiendo sus hombros redondeados que cubría con un chal indio—, nunca le perdonaré que me obligara a despedir a la mejor sirvienta que he tenido jamás —dijo con una risa que no engañó a Eleanor, ya que estaba acompañada de una mirada flamígera en sus ojos color avellana.

—Nunca te vas a olvidar de eso, ¿verdad? —preguntó Eleanor intentando quitarle importancia a los acontecimientos a los que se refería Alicia.

—¡Por supuesto que no, jamás he conocido a alguien que haga bizcochos para el té como los que ella horneaba!

Entonces las dos mujeres estallaron en risas recordando buenos momentos de tiempos pasados.

.....

Richard Grandchester caminaba lentamente por la acera solitaria de la calle Downshire Hill. Había dejado su coche y su chófer varias manzanas atrás, esperándolo cerca de un pequeño café, mientras él hacía a pie el resto de su trayecto. Había accedido a encontrarse con Eleanor en el mayor secreto, por lo que estaba haciendo todo lo posible por cumplir su petición, dejando su impresionante automóvil muy atrás. Encontró que el vecindario de Hampstead había cambiado mucho desde la última vez que había estado allí, hacía más de 28 años. Era evidente que los cambios habían sido favorables. Podía notarlos por el aspecto próspero de las casas de clase media alta que habían estado apareciendo por todas partes, aún con más frecuencia desde el final de la guerra. Sabía que algunos intelectuales habían favorecido la zona, dándole a Hampstead una especie de refinamiento que era digno, aunque no tan lujoso y caro como la extravagante zona de St. James Square donde el duque vivía cuando estaba en Londres.

Podía decirse que Alicia Taylor y su marido habían hecho una buena inversión en su propiedad la cual habían adquirido antes del inicio del corriente siglo. Taylor parecía ser un hombre inteligente, a juzgar por su columna política, y su esposa, se detuvo aquí Richard en sus pensamientos . . . Bueno, si Alicia seguía siendo la mujer fuerte y de lengua afilada que había conocido en 1896, era de esperarse que se hubiera convertido en una hábil administradora del modesto patrimonio de su marido.

—Esa mujer tenía una fiereza que me asusta —hizo él una pausa y pensó en la primera vez que había visitado la casa de los Taylor en su febril persecución de la joven Eleanor.

Inconscientemente, hizo una parada repentina en su caminata mientras un pensamiento fugaz cruzó su mente.

¿Acaso los acontecimientos que vivió en 1896 fueron reales o sólo un sueño que alguna vez tuvo?

Si eran un sueño, ¿por qué aún podía oír el zumbido de los murmullos en aquella galería de Mayfair, como si aún flotara en el aire esa misma tarde?

.....

Había entrado en el umbral de la galería una tarde de invierno, con la ávida sed de novedad y belleza propia de un hombre de veinticinco años que sabe que el mundo está a sus pies. Richard y su amigo Lord Alfred Derry, conde de C*** estaban de humor para hacer algunas compras extravagantes, que incluían arte además de entretenimiento. Un amigo de un amigo les había dicho que Sir Lawrence Alma-Tadema y su esposa, Lady Laura Alma-Tadema, estaban exhibiendo sus últimos trabajos ese día. Richard había comprado previamente una de las piezas de Sir Lawrence y tenía curiosidad por ver las pinturas de su esposa, que muchos elogiaban tanto, aunque éstas se encontraban con menos frecuencia en el mercado, en comparación con las de su marido.

Los dos jóvenes desfilaron por la sala, mirando simultáneamente los cuadros y a la gente elegante que se había reunido aquella tarde gris y perezosa de enero. De pronto, mientras los ojos de Richard recorrían con curiosidad las paredes de la galería, se vieron cautivados por un lienzo con un marco dorado que lo hizo detenerse, contener la respiración y, en un segundo, perder el corazón que no sabía que tenía.

En el lienzo, los ojos de una hermosa mujer rubia parecían mirar al espectador con una intensidad implacable, dándole a Richard la impresión de que aquellas eran las más bellas lagunas que había visto jamás. La joven, que apenas podía tener veinte años, tal vez menos, estaba vestida con un traje de seda al estilo del siglo XVII que Lady Alma-Tadema ⁴ había pintado con gran realismo. Pero no fue la luz impactante y la textura de la suntuosa ropa lo que hizo que el corazón de Richard diera un salto, aunque la pintora ciertamente había capturado esos detalles con gran habilidad. No, fueron esos ojos que miraban sin mirar, esos labios que estaban ligeramente separados y que él ansiaba tocar, y las delicadas líneas de su figura lo que dejó a Richard sin aliento.

—¿Qué dijiste? —preguntó Richard a su compañero cuya voz creyó haber oído a lo lejos.

—Bueno, he estado hablando contigo durante los últimos cinco minutos, pero simplemente me has ignorado como el patán que eres —dijo Lord C*** notando el trance repentino de su amigo—. Puedo ver que la dama del vestido azul ha capturado toda tu atención —agregó Alfred riendo.

⁴ Laura Alma-Tadema y su marido Sir Lawrence fueron verdaderos pintores de cierta reputación a finales del siglo XIX. Aquí se hace referencia a ella como Lady Alma-Tadema (utilizando el apellido de su marido en lugar de su nombre de pila) como es costumbre con la esposa de un caballero (Knight). A nuestra protagonista se la llamará Lady Candice (utilizando su nombre de pila) como corresponde a la esposa de un noble de linaje hereditario en Inglaterra.

—Una mujer así, no, un ángel así —dijo Richard con los ojos todavía clavados en el lienzo—, podría volver loco a un hombre. Derry, necesito saber quién es —añadió ahora mirando a su amigo con urgencia.

—¿Mi más estimado amigo se está volviendo loco por una mujer? —preguntó Alfred Derry en tono de broma— No podemos permitirlo de ningún modo. Preguntemos a la artista sobre su modelo y pronto encontraremos una manera de asegurarnos de que te la presenten, Richard. Pero, por amor de Dios, hazme un favor, ¿quieres?

—Sabía que ibas a ponerle precio a tu ayuda —se quejó Richard con su antiguo compañero de clase— Di tu precio.

—No te enamores, Richard, eso no iría bien contigo —respondió cínicamente Alfred.

—No seas ridículo, Al —dijo Richard con una sonrisa burlona— Sólo será una diversión. Después de todo, uno tiene que correrla antes de casarse, ¿no es eso lo que siempre has dicho?

Los dos hombres se rieron mientras ingresaban a la habitación para encontrarse con Lady Alma-Tadema.

Descubrir la identidad de la joven modelo había sido un asunto bastante sencillo. Lady Alma-Tadema no podía negarles la información, sobre todo cuando el joven Lord Richard había pagado tan generosamente por su pintura. Después de que se hiciera la revelación, el joven marqués sólo necesitó unos cuantos trazos de su pluma y unos pocos peniques para enviar un mensaje a su valet, que era el alcahuete de todas sus correrías. Cuando regresó a la casa de su padre en la plaza de Saint James, el eficiente valet tenía ya un baño caliente preparado para él, junto con su frac bien planchado, una bandeja con una comida ligera y un par de entradas para *El abanico de Lady Windemere* de Oscar Wilde, listas para su señoría y su compañero de francachelas, Lord C***. Esa misma tarde, Lord Richard se sentó en su palco para posar sus ojos en la mujer por la que ya sentía una apasionada atracción: una joven actriz estadounidense llamada Eleanor Baker. Desde ese momento, hasta su visita al camerino de la Señorita Baker para "presentarle sus respetos y admiración por su actuación", e invitarla a cenar, las cosas se desarrollaron con bastante fluidez. Es decir, todo marchó bien hasta que la Señorita Baker rechazó la invitación con una sonrisa amable pero distante. El rechazo solamente sirvió para encender aún más la pasión de Richard.

Las semanas siguientes transcurrieron en una delirante sucesión de audaces intentos por conseguir los favores de Eleanor. Richard había ido varias veces al teatro, había averiguado la dirección donde vivía la Señorita Baker, había enviado exuberantes ofrendas florales e incluso había intentado visitarla sin anunciarse, sólo para ser recibido por la mirada gélida

de una mujer robusta y de aspecto elegante que era la dueña de la casa, una tal señora Taylor. Aquella joven, cuyo acento revelaba su origen americano, lo había tratado sin ninguna consideración hacia su rango, tal y como solamente una recién llegada a Inglaterra podría haberlo hecho. La señora Taylor le había dicho sin rodeos que la señorita Baker estaba agradecida por sus atenciones, pero no quería alentarle, ya que no estaba interesada ¡Qué insolencia!

Tras agotar todos los trucos de su arsenal, Richard recurrió a su amigo Alfred, quien sugirió un enfoque oblicuo en lugar de la ofensiva frontal que Grandchester había utilizado hasta ahora.

—He oído que los Alma-Tadema están ofreciendo un baile —dijo Lord C*** con una media sonrisa maliciosa— El hecho de que Sir Lawrence sea un Caballero y un artista al mismo tiempo le permite gravitar entre los intelectuales, la alta burguesía e incluso la nobleza. Así que, cuando organiza un baile, el evento abarca una amplia e interesante gama de grupos sociales. Teniendo en cuenta que su esposa ya conoce a la señorita Baker, no sería extraño que Lady Alma-Tadema invitara a tu Eleanor a su baile. Por supuesto, los Alma-Tadema se sentirían más que halagados si yo les llegara a sugerir que a ti te gustaría ser invitado. Una vez en el baile, confío en que tú harás gala de todo tu diabólico encanto para encargarte del resto ¿Te parece un buen plan?

—Eres sin duda maquiavélico, Al. Sabía que podía confiar en ti para encontrar una solución a este enigma ¡Gracias!

—No me agradezcas todavía, idiota. Una vez que la chica sea tuya, puedes invitarme a una copa en el White's⁵ —dijo Lord C*** palmeando el hombro a su amigo.

....

El Richard Grandchester del presente, mientras caminaba por la calle Downshire Hill, casi podía oír el primer compás de un vals sonando en el aire de sus recuerdos. La vorágine de remordimientos que había vivido durante los últimos treinta años parecía desaparecer momentáneamente, mientras que su mente lo trasportaba hacia el pasado, a una sala llena de hombres vestidos estrictamente con fracs y corbata blanca y mujeres en vestidos de seda con colas que crujían a cada paso. Si aquella fiesta hubiese sido celebrada sólo unos años antes, la sala habría estado iluminada por velas. Sin embargo, para esa ocasión el salón de los Alma-Tademas brillaba con la luz ambarina de las bombillas eléctricas. Así que, después de haber barrido la sala con sus gélidos ojos grises, no había sido difícil identificar la inconfundible figura del objeto de su deseo, envuelta en un vestido color

⁵ El club de caballeros más antiguo de Londres.

turquesa con breves mangas acampanadas terminadas en delicadas ondas y largos guantes blancos. En la primera oportunidad que había tenido para establecer contacto visual con ella, le resultó obvio que su presencia no había sido tomada con indiferencia por la dama en cuestión. Si fue interés, precaución o una sorpresa desagradable lo que había cambiado su expresión previamente vacía, Richard no podía decirlo. Sin embargo, tras el primer reconocimiento, Richard no perdió el tiempo y se acercó a la dama con su habitual asertividad.

—Señorita Baker, es un placer verla aquí —dijo, inclinándose ligeramente frente a la joven.

—Lo mismo digo, señoría —respondió Eleanor haciendo una reverencia, pero sin ofrecerle la mano para que la besara.

Richard notó el gesto cauteloso, pero no estaba dispuesto a desanimarse ante la primera señal de resistencia ante su acercamiento.

—La noche promete ser muy agradable. Este vals es una de mis piezas favoritas, ¿no sería una lástima dejarlo pasar sin tener la oportunidad de disfrutarlo como debe ser? Sería un honor si usted aceptara bailar conmigo, señorita Baker—, había dicho Richard con todo el encanto que podía conjugar en ese momento.

Eleanor, con la mirada baja, parecía estar pensando cómo responder. El joven marqués era sin duda la persona de mayor rango entre los invitados de los Alma-Tademas esa noche, mientras que ella podía contarse entre los invitados de menor trascendencia social. Aun así, ambos se encontraban en aquella improbable situación. Él la estaba invitando a bailar haciendo su mejor esfuerzo por ser cortés, y ella parecía estar reflexionando sobre cómo responder, tal vez considerando la mejor manera de negarse. Para sorpresa de Richard, la dama finalmente asintió, manifestando una aceptación cortés, mientras le extendía la mano para que él la guiara al centro del salón. Meses después, Richard había escuchado de la propia Eleanor que se había sentido obligada a aceptar su invitación para no avergonzar a los anfitriones. En el fondo, Eleanor sabía que bailar con el marqués, por trivial que fuera, podía representar un gran peligro para su corazón, ya que se sentía demasiado atraída por ese joven de ojos endemoniadamente penetrantes.

Desafortunadamente, su buena educación y su respeto hacia sus anfitriones hicieron que Eleanor sintiera que no tenía otra opción. Fue así como se unieron a otras parejas en aquel salón mientras las notas lentas del vals comenzaban a envolverlos en su suave balanceo.

—¿Acaso su señoría es admirador de Brahms? —preguntó Eleanor, siendo la primera en romper el pesado silencio que se había producido cuando empezaron a bailar.

—Supongo que es un buen compositor —respondió Richard, ligeramente desconcertado por el comentario aparentemente inconexo.

La confusión de Richard debió haber sido claramente evidente en su rostro, ya que provocó una risa suave, pero musical, en Eleanor.

—Acaba usted de decir que este vals es uno de sus favoritos—, explicó Eleanor en tono dulce, —este es el vals número 15 de Brahms, si no me equivoco. Por eso me preguntaba si a usted le gustaban otras piezas de su autoría.

—Veo que la dama es tan versada en música como experta en el escenario —respondió Richard, recurriendo a la adulación para disimular su vergüenza—. Ahora debe usted pensar que soy un simplón, por no ser capaz de ponerle un nombre a la pieza que afirmo disfrutar tanto —añadió en una repentina muestra de honestidad.

—En lo absoluto, gente culta como seguramente es usted, mi Lord, no está obligada a conocer cada dato musical irrelevante. Sin embargo, no me sorprendería que usted hubiera escuchado esta pieza interpretada por el propio autor en algún momento —respondió Eleanor con un tono dulce que contrastaba con su mirada irónica y su sonrisa ligeramente ladeada.

" *Si está intentando hacerme volver más loco de lo que ya estoy por ella, lo está consiguiendo dolorosamente* ", pensó Richard, hipnotizado por la insólita capacidad de Eleanor para combinar dulzura y condescendencia.

—Nunca fui lo suficientemente musical, al menos no al nivel de mi madre, que era una auténtica aficionada a la música y la única de nuestra familia con verdadero gusto y conocimiento del arte, — explicó Richard, decidido a jugar la carta de la honestidad para bajar las defensas de su interlocutora —Recuerdo claramente que ella invitó a Clara Schumann a tocar en nuestra casa en múltiples ocasiones, cuando yo era un niño. La señora Schumann tocó este vals varias veces a petición de mi madre, de ahí mi afición por la pieza, a pesar de mi incapacidad para recordar su nombre.

Eleanor no pudo ocultar su sorpresa ante la peculiar anécdota de Richard.

—La madre de usted debe ser una verdadera conocedora para rodearse de músicos tan destacados—, admitió.

De repente, una nube apareció en el rostro de Richard. Después de aclararse la garganta, añadió:

—Mi madre falleció cuando yo aún no cumplía quince años—, confesó en un tono que revelaba que aún estaba marcado por la pérdida.

—Lamento oír eso, Lord Richard⁶—se apresuró a decir Eleanor, con voz claramente conmovida—, yo también perdí a mi madre a una edad muy temprana, pero fui criada por su hermana, que también es muy aficionada a la música y es patrona de todo tipo de jóvenes artistas en Nueva York.

Richard observó que, por un breve instante, había logrado traspasar la barrera de fría cortesía que había caracterizado sus interacciones anteriores con la joven. Se sintió eufórico al descubrir que al menos tenían algo en común. Era sólo un pequeño rayo de esperanza, pero Richard lo aprovechó con todas sus fuerzas. Sus esfuerzos posteriores por ganarse el corazón de Eleanor pronto empezaron a dar frutos. Desafortunadamente para él, en aquel empeño, había perdido involuntariamente el sentido común y se había embarcado en una peligrosa senda de pasión desenfrenada, codicia y engaño.

Apenas cuatro semanas después de aquel primer vals, la joven Eleanor había sucumbido al implacable cortejo del marqués. Richard podría haberse considerado el vencedor en aquella lucha galante, si no hubiera sido por el hecho de que, a cambio del afecto de Eleanor, él había perdido su propio corazón y su buen juicio. Así fue como, una vez que Eleanor aceptó que le quería, Richard se vio arrastrado a tal nivel de inconsciencia que le propuso cohabitar con él con veladas promesas de matrimonio, las cuales él sabía muy bien no estaba dispuesto a cumplir. Los dos estaban como poseídos por una especie de jubilosa locura que los dejaba ciegos y sordos a todas las señales y voces que les advirtieron sobre los peligros de aquella aventura. En vano intentó Alicia razonar con Eleanor cuando ésta le anunció sus intenciones de cancelar su participación en El abanico de Lady Windemere, semanas antes del fin de la temporada. De manera similar, cuando Richard le reveló a Lord C*** que llevaría a Eleanor en una escapada romántica a Escocia, las apelaciones a la razón por parte de Alfred cayeron en oídos totalmente sordos.

—Te dije que no te enamoraras, Richard, y ahora quieres tomarla como amante estable, no como una simple conquista sin importancia ¿Te has vuelto loco? ¡La cohabitación puede traer graves consecuencias! —había dicho Alfred con incredulidad.

—No dramatices, Derry —respondió Richard, esforzándose por parecer tranquilo y sereno—. No estamos en la Edad Media. Las consecuencias a las que te refieres pueden evitarse, lo sabes, ¿no?

—Estarías jugando con fuego, Richard ¿Quién te crees que eres? ¿Un obrero de una fábrica de Manchester que puede llevarse a su amante a vivir con él a algún sórdido arrabal? ¡Por el amor de Dios, Richard! ¡Eres el hijo de un duque! —fue la seria respuesta de Alfred Derry.

⁶ Es costumbre referirse a los hijos de un hombre noble utilizando su primer nombre después del honorífico “Lord” o “Lady”.

—Deja de preocuparte. No seré ni el primero ni el último noble que tenga una amante. Como hombre de mundo, debes saber que esto es sólo una etapa transitoria. Disfruto estar con Eleanor, pero sé que tarde o temprano la relación se amargarará y ella regresará a América.

—¿No podrías divertirte un poco de vez en cuando sin vivir con ella, Grandchester? Ninguno de los dos debería pensar en el otro en términos exclusivos. Deja que otros caballeros disfruten también de su compañía.

—No creo que ella sea ese tipo de muchacha, Derry —respondió en un tono que casi sonaba hostil.

—Es una razón más para desistir y buscar a otra persona que pueda complacerte sin un compromiso firme. Hay muchos peces en el océano, ¿no? —, fue la última súplica de Lord C***.

—No puedo, Al. Necesito tenerla sólo para mí o me volveré loco —respondió Richard bajando la voz hasta casi convertirla en un susurro.

—Ya lo estás, amigo mío, ya lo estás.

Después de esta conversación, Richard puso en práctica sus planes con gran rapidez. Antes de que pudiera darse cuenta, la pareja y una criada que Richard había contratado para cuidar de Eleanor habían tomado el camino hacia Carmelhill Villa. Allí, pasaron dos meses memorables en un estado de absoluta felicidad y completamente ajenos a las convenciones del mundo.

Aunque Eleanor había sido una joven ingenua que despertó por primera vez al amor físico en los brazos de Richard, él también había descubierto algo desconocido en los brazos de ella: un amor que era tan verdadero y honesto como nunca había imaginado posible. Al principio, había hecho todo lo posible para negarse a sí mismo la naturaleza de sus sentimientos por Eleanor. Sin embargo, había bastado un incidente aparentemente simple para que se diera cuenta de lo que le estaba sucediendo.

Una tarde tranquila de principios de mayo, la pareja acababa de regresar de un paseo enérgico por los campos de brezos en la propiedad de los Grandchester. Era tarde para este tipo de ejercicio, pero en esos días ellos no seguían horarios fijos y hacían lo que les apetecía cuando les venía en gana. Todavía con la ropa de montar puesta, la pareja se sentó en el salón, esperando a que su única doncella les trajera un refrigerio. Richard miró las mejillas de Eleanor, que estaban sonrojadas por el ejercicio. Su rubor parecía aún más brillante bajo las luces doradas del atardecer que se filtraban a través de los cristales de la ventana. Mientras admiraba su belleza, una nueva ola de deseo comenzó a surgir en su

interior. Eleanor, que había comenzado a reconocer esa mirada particular en sus ojos, se puso de pie y se apartó de su alcance con una sonrisa juguetona formándose en sus labios.

—Espera un segundo, señor—, lo desafió ella, —hay algo que me gustaría mostrarte antes de que llegue Theresa con la comida.

Y con esto, Eleanor se acercó al piano, abriendo la tapa del banco del piano para buscar entre las partituras que alguien había olvidado allí hacía tiempo.

—¡Aquí está! —, dijo al tiempo que finalmente daba con una partitura de una sola página que había estado buscando, —la encontré la otra noche, mientras dormías. Creo que te va a gustar.

Sin mayor ceremonia, la joven abrió el piano, colocó la partitura en el atril y comenzó a tocar, cantando con una suave y dulce voz de mezzosoprano:

Una vez en los añorados días de antaño, más allá del recuerdo,
 Cuando sobre el mundo las nieblas comenzaron a caer,
 De los sueños que surgieron en feliz multitud,
 En un susurro en nuestros corazones,
 El Amor nos cantó una vieja y dulce canción;
 Y en el crepúsculo, donde cayó el resplandor del fuego,
 Suavemente se entretejió en nuestro sueño.

Sólo una canción al anochecer, cuando las luces están bajas,
 Y las sombras parpadeantes van y vienen suavemente,
 Aunque el corazón esté cansado, y el día haya sido triste y largo,
 Aún en el crepúsculo, nos llega la vieja canción del Amor,
 Nos llega la vieja y dulce canción del Amor.

Incluso hoy, escuchamos la canción del Amor de antaño,
 En lo más profundo de nuestros corazones habita para siempre.
 Los pasos pueden vacilar, el camino puede volverse cansado,
 Pero aún podemos oírla al final del día.

Así que, hasta el final, cuando las sombras oscuras de la vida nos sorprenden,
 El Amor será la canción más dulce de todas.

Sólo una canción al anochecer, cuando las luces están bajas,
 Y las sombras parpadeantes van y vienen suavemente,
 Aunque el corazón esté cansado, y el día haya sido triste y largo,
 Aún en el crepúsculo, nos llega la vieja canción del Amor,

Nos llega la vieja y dulce canción del Amor⁷”

Richard conocía muy bien esa vieja canción, pues había escuchado sus versos líricos incontables veces. Sin embargo, cuando Eleanor cantó aquellas palabras mirándolo con el más dulce de los afectos irradiando en su rostro, Richard Grandchester sintió que era la primera vez que realmente entendía el significado de la canción. Sostuvo la intensa mirada de Eleanor con la suya por un momento que deseó que durara para siempre, dejando que cada sonido de su voz envolviera su corazón, para luego escabullirse hasta alcanzar un rincón secreto en su memoria, donde aquel momento fue guardado para ser recordado en los años venideros. Cuando el último sonido de la canción se desvaneció en el aire del crepúsculo, Richard Grandchester comprendió que estaba enamorado. Después de que esa verdad se hundiera en su mente, ¡entró en pánico!

Temiendo no poder seguir su plan original, se inquietó hasta el punto de decidir que era necesario un cambio de aires. Así pues, le propuso a Eleonor continuar su escapada romántica en París; baste decir que ella recibió la propuesta con gran entusiasmo. A pesar del cambio de escenario, a mediados del verano, una nueva noticia, aún más inquietante que la constatación de su amor irrevocable por Eleonor, hizo que Ricardo cayera en la desesperación: Eleonor estaba embarazada.

Este hecho le llegó de manera violenta una noche después de que Eleanor se desmayara accidentalmente mientras ambos cenaban en Le Procope⁸. Preocupado por su salud, Richard había insistido en que un médico examinara a su “esposa”. Cuando el médico le comunicó su diagnóstico, Richard tardó unos dolorosos minutos en comprender plenamente la revelación. Una compleja mezcla de sentimientos obstruyó su razón sin permitirle pensar con claridad durante un buen rato. La alegría y el orgullo ante la perspectiva de tener un hijo con la mujer que amaba habían estado presentes, pero también la incredulidad, la preocupación y el miedo habían formado parte de su trastorno emocional.

¿Cómo era posible? Había tenido cuidado de evitar un embarazo, como le habían enseñado desde su juventud. Por supuesto, no era que hubiera utilizado “algo para el fin de semana”⁹ con Eleanor, ya que no podía temer contraer una enfermedad contagiosa de una mujer para la cual él había sido el primer y único amante. Sin embargo, siempre había

⁷ Esta canción se titula “Love's Old Sweet Song” (La vieja y dulce canción del Amor) y fue escrita por James Lynam Molloy y Graham Clifton Bingham en 1884.

⁸ Un café muy conocido en París que lleva funcionando más de tres siglos.

⁹ Eufemismo para referirse al uso de condones, que en aquella época eran muy conocidos pero generalmente reservados para las relaciones sexuales con prostitutas, a fin de evitar enfermedades venéreas.

tenido cuidado de retirarse a tiempo . . . ¿O no? ¿Podía estar absolutamente seguro de ello cuando su sed por aquella mujer parecía insaciable, atrayéndolo a ella diariamente?

Le había costado toda su fuerza de voluntad recomponerse para hablar con una Eleanor embelesada por la noticia, sin revelarle su confusión interna. En su mente atormentada, Richard se repetía a sí mismo que romper una relación una vez que el enamoramiento diera paso al hastío era una cosa, pero abandonar a una criatura de su propia sangre para que la criaran lejos de él era un asunto completamente diferente. Desconcertado por las circunstancias, había tomado la peor decisión de toda su vida: viajar a Inglaterra para informar a su padre de su situación y buscar su consejo.

Cuando Richard llegó a la Casa N***, se encontró con que su padre no estaba de muy buen humor. El hecho de que la sesión del Parlamento fuera a prolongarse más allá de julio de ese año, amenazando con arruinar el comienzo de la temporada de caza para él, no era una contrariedad sin importancia para su señoría. Sin embargo, esa era la menor de las quejas de Graham Grandchester ese verano. Sus abogados le habían entregado recientemente un informe sobre el último devaneo de Richard, por lo cual el duque estaba esperando con ansia y rabia la primera oportunidad que se le presentara para exigir a su hijo que pusiera fin a su escandaloso romance con la actriz estadounidense. Sin embargo, lo que Lord N*** no estaba preparado para escuchar era que la mujer estaba embarazada. Cuando Richard dio esa noticia con un rostro sin remordimientos, Lord N*** necesitó todo el poder de su disposición flemática para controlar su impulso inicial de golpear a su hijo. Los colores desaparecieron del rostro de Su Gracia y por un momento que pareció una eternidad para Richard, el duque permaneció en silencio. Después de esa pausa, el hombre, que estaba sentado ante su escritorio, finalmente comenzó a hablar mientras continuaba inspeccionando una pila de papeles.

—Ya veo. Esta novedad es, en efecto, una complicación inesperada —respondió el duque con tono serio—. Llamaré a Sutton para solicitar su asesoría legal hoy mismo y te daré una respuesta mañana a esta hora.

Richard, que conocía muy bien la frialdad de su padre, no se sorprendió por esa reacción, pero esperaba que la perspectiva de un nieto animara a su padre a apoyar su causa. Pero se equivocó.

Al día siguiente, la cita con su padre y su abogado, Gregory Sutton, no salió como Richard esperaba.

—Espero que tengas suficiente sentido común como para reconocer que esta relación tuya es algo que no puedo aprobar —dijo Lord N*** para iniciar la conversación.

—Lo entiendo, padre, pero ahora es un hecho que no podemos ignorar —fue la primera respuesta tranquila pero desafiante de Richard.

—Por supuesto. Hay que abordarlo de la manera que corresponde a un Grandchester. Es decir, hay que cortar esta conexión tan pronto como lo permitan otras preocupaciones.

—Por otras preocupaciones se refiere usted a la criatura, supongo —dijo Richard con tono amargo.

—Por supuesto. Como has sido tan descuidado, has puesto a nuestra Casa en una posición muy comprometida. Si el embarazo da lugar al nacimiento de un varón, el niño sería un bastardo. No podríamos considerarlo como el siguiente en la sucesión al ducado.

—Mientras el niño aún no ha nacido, podría casarme con la madre, convirtiéndolo en heredero legítimo—, dijo Richard viendo la oportunidad de defender su caso, —Y finalmente **tendríamos** un segundo en la línea de sucesión—, había concluido con el único argumento que sabía podría hacer cambiar la voluntad de su padre a su favor.

Mientras que otras familias nobles habrían tratado con desdén la perspectiva de un hijo nacido de una relación socialmente inapropiada, los Grandchester no podían darse ese lujo. Durante las tres generaciones anteriores, una serie de eventos desafortunados, como la muerte de algunos hijos en la infancia o durante las guerras napoleónicas y de Crimea, habían reducido la familia a un único heredero viable: Richard. La negativa de Lord N*** a volver a casarse después de la muerte de su esposa tampoco había ayudado a la causa. Por lo tanto, la perspectiva de un segundo heredero viable no era algo menor para los dos hombres, especialmente para Lord N***, que sabía en secreto que sus días estaban contados y estaba ansioso por ver su linaje asegurado con un segundo heredero antes de que ocurriera lo inevitable.

—Sí, sería un resultado inesperadamente positivo de una decisión muy imprudente—, respondió Graham Grandchester, —pero nuestra casa no puede tolerar un matrimonio tan inconveniente y desigual.

—Me temo que no podemos tener a la criatura sin el matrimonio, padre—, fue la respuesta inmediata de Richard en un inútil esfuerzo por disuadir a su padre.

—Sutton me ha informado de una serie de cosas que podríamos hacer para evitar un desastre social y político—, indicó Lord N*** señalando a su abogado que era su turno de explicar las posibles estrategias.

—Así es —empezó Sutton—, hay una manera de que sus señorías puedan conservar a la criatura como heredero legítimo, en el feliz caso de que fuera un niño, por supuesto, pero necesitaremos la participación voluntaria de un tercero.

Richard no dijo una palabra, pero con un ligero asentimiento le indicó a Sutton que explicara más.

—Si una dama de una familia de renombre estuviera dispuesta a casarse con su señoría y tomar al niño como suyo, sería posible mantenerlo como el siguiente en la sucesión.

—No puedo creer lo que oigo, Sutton. ¿Me estás proponiendo convertir mi vida en la puesta en escena de una *novela sensacionalista*¹⁰? —preguntó Richard con desdén.

—De ningún modo, señor. Es un plan factible.

Richard no sabía si sentirse asqueado o sorprendido por las palabras de su abogado.

—Permítame que encuentre tu plan problemático en múltiples niveles, Sutton —había sido la respuesta audible de Richard—. Para empezar, ¿de dónde diablos vamos a encontrar a una dama de una familia de renombre, la hija de un noble, para el caso, que acepte ser la tercera en discordia en este indigno *ménage-a-trois*¹¹?

—Bueno, Richard —intervino su padre—, ciertamente hay una dama que está en posición de aceptar esta oferta e incluso considerarla como la mejor que puede recibir en toda su vida.

Richard permaneció en silencio por un segundo mientras algo en su mente de repente hizo clic.

—Señor, no puede estar hablando en serio. ¿Se refiere a Lady Beatrix? ¿No había dicho usted que hablaría con Lord D*** para romper el compromiso debido a toda la información condenatoria proporcionada por sus investigadores?

—Te aseguro que hablo en serio, Richard —respondió el duque—. No seguí adelante con nuestros planes de cancelar tu compromiso cuando me notificaron de tu escapada a París. Y me alegro de no haberlo hecho. Ahora tenemos una buena candidata para participar en este plan y salvar nuestro buen nombre. Por irónico que parezca.

—Es irónico, señor, porque usted me estaría casando con una mujer que ya ha demostrado que no es de fiar.

—Bueno, si tanto te preocupaba conseguir una candidata más digna de confianza, deberías haberte esforzado en encontrarla esta maldita temporada en lugar de hacer el ridículo con una mujer inadecuada. Esta es una enmarañada red que tú mismo te has

¹⁰ Un género de ficción popular en el siglo XIX que narraba eventos escandalosos que podían incluir secuestro, adulterio, falsificación o seducción.

¹¹ Francés: triángulo amoroso

empeñado en tejer, Richard —replicó el duque con un tono desapasionado que no encajaba con la gravedad de sus acusaciones.

—Pero una vida entera al lado de Beatrix, señor —dijo Richard con una voz arrepentida que parecía casi una súplica— era una perspectiva que ya detestaba cuando pensaba que era un prospecto socialmente aceptable. Y ahora, sabiendo lo que sabemos sobre ella, no puedo imaginarme a su lado, menos aún confiarle que sea ella quien pretenda ser la madre de mi hijo.

—Lo sé, Richard, y no te estoy ofreciendo este plan sin tener muchas reservas —respondió Lord N***—, pero en este triste día se te ofrecen tres opciones y ninguna de ellas nos satisfará por completo, ni a ti ni a mí. Cásate con tu amante y quédate con esta criatura y cualquier otra que ella pueda darte, pero ni ella ni tus hijos serán bien recibidos entre nuestros pares, por no mencionar que nunca cruzarán el umbral del Palacio de Buckingham. Cuando ocupes mi lugar, ella será la debilidad que todos tus enemigos utilizarán contra ti, reducirá tus oportunidades políticas y sociales, y tú la condenarás a una vida de soledad, porque nadie en nuestro círculo se atreverá a ofrecerle su amistad. Si esa perspectiva no te atrae, entonces regresa a París y rómpete el corazón ahora, ofrécele suficiente dinero para que se independice y déjala ir. El niño nacerá bastardo y ella será libre de encontrarle un padre cuando y donde quiera. En esa opción, también puedes romper tu compromiso con Beatrix y buscar una nueva candidata más de tu agrado en otra familia respetable, pero debes darte prisa y casarte antes de que termine la próxima temporada. Ya es hora de que produzcas un heredero secundario viable para la familia Grandchester. La tercera opción, ya la conoces —concluyó Su Gracia con voz sombría.

Una súbita consciencia de lo que estaba pasando asestó cruelmente el corazón de Richard: ¡Estaba atrapado!

Desgarrado por la perspectiva de perder a Eleonor y a su bebé, el joven había pedido a su padre tiempo para pensarlo, pero sólo le ofrecieron veinticuatro horas para tomar una decisión. En la noche de insomnio que siguió, luchó con las alternativas opuestas que su padre le había ofrecido. En su tormento, Richard vio la imagen de un hijo suyo criado por otro hombre con la misma claridad con la que imaginó a Eleanor convertida en duquesa y paría social al mismo tiempo. También vio la inminente ruina de una familia que había permanecido en la gracia de la Corona durante siglos ¡Él no podía ser la causa de su caída! Con el corazón desgarrado por esas opciones que le parecían tan insoportables, decidió poner el buen nombre de su familia y el futuro de su hijo potencial por encima de todo, aunque la alternativa lo obligara a traicionar su amor por Eleonor. Así que, no sin gran dolor, optó por seguir la artimaña sugerida por Sutton.

Una vez tomada esa fatídica decisión, el siguiente paso era convencer a Lady Beatrix y a su padre, Lord D***. No había sido fácil, pero las pruebas del romance de Beatrix con su primo, el futuro conde de M***, eran tan contundentes que la familia había accedido al plan para evitar el escándalo.

Casualmente, la familia de Beatrix había sufrido recientemente el deceso de uno de sus miembros, por lo que pensaron que la situación les ofrecía la excusa perfecta para argumentar que la esperada boda entre Lord Richard Grandchester y Lady Beatrix se había celebrado, con licencia especial, en una reunión familiar íntima, como correspondía a una familia todavía de luto. El plan era que la pareja iniciara su supuesta vida matrimonial lejos de Londres y luego se utilizara la supuesta mala salud de Lady Beatrix como excusa para mantenerla alejada de la vida social activa durante más de un año, mientras se resolvía la situación con el bebé.

Como Eleonor se había establecido en Francia, se pensó que todo lo que hacía falta era mantenerla allí, ignorando todos los acuerdos que se habían hecho con respecto a su hijo y su propio futuro. Tan pronto como la boda con Beatrix se hiciera pública en Inglaterra, Richard viajaría de nuevo a Francia y trasladaría a Eleonor de París a un lugar apartado en el campo. Este traslado la mantendría ajena a las noticias de la boda de Richard y oculta a la sociedad británica, mientras esperaba el nacimiento del niño. Una vez ocurrido el nacimiento, si era un niño, Richard rompería con Eleonor y se llevaría al niño con él. Si la criatura era una niña, él dejaría al bebé con su madre, ofrecería ayuda económica y terminaría la relación de todos modos. En tal caso, la palabra de honor de Richard empeñada a Lady Beatrix tendría que ser respetada. Quedaría en manos de Beatrix mantener su matrimonio a flote siendo fiel a su marido. Sin embargo, si sus infidelidades continuaban, sería descartada con un divorcio escandaloso y se emprendería la búsqueda de una nueva duquesa.

Ese era, al menos, el plan que Richard había acordado con su padre y su abogado. Sin embargo, en secreto esperaba poder convencer a Eleanor de que ella siguiera siendo su amante. La vida le enseñaría a Richard que no sólo sus planes no confesados eran poco realistas, sino que también el plan legal cuidadosamente elaborado por su padre podía salirse de las manos al enfrentarse a la imprevisibilidad de las reacciones humanas.

Por desgracia para los Grandchester, sus planes de no permitir que Eleanor se enterase del matrimonio de Richard con Beatrix no resultaron como se esperaba. Aunque las noticias sobre la boda se mantuvieron en un perfil muy bajo con una única y discreta nota en el London Times, alguien en la ciudad decidió que esa noticia debía llegar más allá del Canal de la Mancha. Porque, como verán las queridas lectoras, cuando la señora Taylor leyó la

impactante nota, la recortó y la envió por correo urgente como advertencia a Eleanor del peligro en el que se encontraba.

Cuando Richard regresó a París, para su gran consternación, en lugar de su amorosa e ingenua Eleonor, encontró una carta que parecía haber sido escrita por alguien cuya inocencia había sido aplastada por la realidad. El recuerdo de esas palabras quedó grabado indeleblemente en su mente:

Estimado Lord Richard:

Me desperté abruptamente de un sueño en el que te había imaginado como un hombre honorable y leal, y a mí, como la afortunada dueña de tu corazón. Una nota en el periódico enviada por una verdadera amiga me ha sacado de ese engaño. La comprensión de la verdad ha sido brutalmente dolorosa, pero me siento agradecida por ella porque la verdad es preferible a la ilusión de una tonta ingenua.

Por favor, olvídense usted de mí y de mi bebé, señor. Tengo familia, amigos y una patria que no nos abandonarán. Le deseo a usted y a su nueva esposa toda la felicidad que sus circunstancias les permitan.

Atentamente,

Eleanor Le Breton

.....

El yo actual de Richard suspiró profundamente al recordar la cadena de desafortunados acontecimientos que rodearon su historia de amor y odio con Eleanor. Cuando llegó a la dirección que había estado buscando, la visión de la puerta, todavía pintada del mismo tono de azul cerúleo, le trajo un recuerdo diferente, mucho más desagradable. Se vio a sí mismo llamando a esa puerta con la esperanza de obtener alguna información sobre el paradero de Eleanor, por parte de su amiga Alicia Taylor. Richard había cruzado el Canal de la Mancha en un intento desesperado por localizar a su embarazada amante. Recordó cómo su corazón, golpeando como un martillo de herrero, le parecía estar latiendo tan fuertemente que temía que Alicia lo oyera cuando abriera la puerta para responder a su llamada. Como era de esperar, la respuesta de la joven señora Taylor había sido implacable.

Los antiguos amantes intercambiaron palabras amables mientras la criada traía el servicio de té. Una vez que la joven terminó su tarea y los dejó solos cerrando la puerta tras ella, el duque fue el primero en hablar.

—Eleanor, sé que no solicitaste tener esta reunión conmigo porque querías tener una charla agradable y comer canapés.

—Veo que has optado por un enfoque directo, Richard —respondió ella, pasándole una taza llena—, y me alegro por ello. Lo que tenemos que discutir debe abordarse sin rodeos.

—Por supuesto, procede entonces —dijo Richard tomando el plato y la taza de té con cuidado de no rozar los dedos de Eleanor en el intercambio.

—Candice, nuestra dulce muchacha, como cualquier madre primeriza, está algo preocupada por el futuro de su hijo—, comenzó.

—¿Te importaría explicármelo con más detalle?"

—Ella me preguntó si yo estaría dispuesta a que me reconocieran como abuela del pequeño Richard, para que el niño me vea como tal a medida que vaya creciendo.

—Ya veo —fue la lacónica reacción del duque. Eleanor pudo reconocer una tensión casi imperceptible en su breve respuesta, lo que era un presagio de la difícil conversación que estaba a punto de desarrollarse.

—Candy no quiere que este niño, ni los demás que ella y Terry puedan tener, carguen con el peso de un secreto familiar. Ella está plenamente consciente de cómo una información de ese tipo llegó a pesar tan terriblemente en los hombros de Terry durante su infancia—, explicó Eleanor con voz neutra y tranquila.

—Todos esos argumentos son válidos y justos, pero me temo que las cosas no son tan sencillas como ella puede sospechar y tú lo sabes, Eleanor —replicó el duque en un tono suave pero decidido que coincidía con el de Eleanor.

—Le sugerí eso y también le dije que la decisión no era solo mía, ya que había otras personas involucradas. Por supuesto, no fui específica en cuanto a quién me refería.

—Agradezco la consideración y también la discreción, Eleanor.

La dama simplemente asintió con la cabeza, aceptando la cortesía del duque. Luego continuó.

—Dicho esto, Richard, las preocupaciones de Candice me hicieron reflexionar sobre la necesidad de revisar los acuerdos a los que llegamos sobre mi papel en la vida de Terry.

Han pasado muchos años desde entonces y las circunstancias ciertamente han cambiado.

—No necesitas ni mencionarlo, Eleanor —dijo el duque con un breve soplo de aire escapando de sus labios que por un momento Eleanor confundió con un suspiro, pero inmediatamente descartó esa interpretación, diciéndose que el Richard Grandchester que ella conocía nunca suspiraría frente a nadie.

—Hicimos muchas promesas en aquel entonces, Eleanor, muchas de las cuales no cumplimos, pero aun así esperábamos que las cosas resultaran bien para . . . **nuestro** hijo—, dijo Richard, primero con vacilación y luego pronunciando apresuradamente la palabra “nuestro”, como si tuviera miedo de reconocer la innegable conexión, —sólo para darnos cuenta más tarde, en mi caso de la manera más amarga posible, de que lo que yo había hecho en nombre de su bienestar y felicidad había fracasado en su mayor parte o en ocasiones había resultado contraproducente.

Eleanor bajó la mirada en un reconocimiento silencioso del papel que había desempeñado en las malas decisiones que como padres habían tomado respectivamente.

—Me temo que es correcto. Muchos de esos. . . esos acuerdos —continuó luchando por encontrar las palabras adecuadas— ya no se sostienen. Terry es un hombre adulto que ha construido una vida propia, que no depende de ti ni de lo que tu linaje representa. Él está plenamente consciente de quién soy yo para él, y nuestra relación se ha reparado hace mucho tiempo. Sin embargo, supongo que hay una cosa fundamental que sigue en pie y que estoy segura de que sigue siendo importante para ti. Eleanor hizo una pausa aquí para reunir coraje y aliento para decir lo que siguió: —Me refiero al asunto de la sucesión del ducado —dijo finalmente Eleanor, atreviéndose a reconocer al elefante en la habitación.

—En efecto—, fue la breve respuesta de Lord N***.

—Supongo que todavía ves a Terry como tu heredero a pesar de que ha estado lejos de tu mundo durante más de diez años —continuó tratando de obligar a Richard a expresar sus expectativas.

—Sí, Eleanor. No es ningún secreto para mis pares que Terrence es un hijo descarriado que ha elegido un estilo de vida poco ortodoxo y se ha casado con alguien de una posición social inferior.

Eleanor se estremeció ante este último comentario.

—Y digo esto último no sin gran disgusto, porque estoy consciente del valor de Candice. Ella es sin duda lo mejor que le ha pasado a Terry en toda su vida, pero más de uno en mi círculo frunciría el ceño ante la elección de Terrence. Sin embargo, eso no es un pecado

capital. Él sigue siendo reconocido como el primer hijo legítimo de mi matrimonio con aquella a la que no nombraré y, por consiguiente, mi heredero aparente.

Eleanor se movió en su asiento, claramente incómoda por la dirección de la conversación, pero no interrumpió a su interlocutor.

—También puedo decir que la posición de Terrence como mi heredero está asegurada a pesar de la animosidad de su madrastra.

—Hace muchos años, fuiste lo suficientemente elocuente para informarme sobre sus . . .

—Eleanor hizo una pausa en busca de las palabras adecuadas— . . . sus indiscreciones. Estoy consciente de que has logrado mantenerla bajo control hasta ahora con la amenaza de un escándalo. Sin embargo, me permitirás el derecho a permanecer escéptica con respecto a tu poder para contener su lengua en el futuro, Richard —intervino Eleanor agregando elegantemente azúcar a una segunda taza de té.

Por primera vez en la conversación, el duque bajó la mirada e hizo una pausa muy breve.

—Reconozco que, en el pasado, te mentí de muchas maneras—, continuó finalmente, con la voz un poco más baja que antes, —Estoy muy avergonzado de mi proceder. Tanto que acepto que mis actos son imperdonables. Es por esta consciencia que comprendo que estés renuente a creerme.

Eleanor dejó de darle vueltas a la cucharilla para lanzarle a Richard una mirada inquisitiva. El duque continuó, pero era evidente que avanzaba hacia territorio minado con gran vacilación cuando dijo:

—Por favor, perdóneme por sacar a la luz cosas que de otro modo no deberían volver a tratarse. Pero es necesario volver a abordar ciertos acontecimientos para aclarar por qué tengo fuertes razones para decir que la oposición esperada ha sido cuidadosamente desarmada. Permítame explicar por qué— En ese punto, él se detuvo brevemente para tomar aire antes de comenzar— Si bien no compartí intimidad con ella durante todo el tiempo que tú y yo vivimos juntos en Nueva Jersey . . .

Un par de helados ojos azules lanzaron una advertencia hacia Richard ante la atrevida mención de su relación pasada. “*Ten cuidado con lo que vas a decir a continuación, Richard*” parecían decirle esos ojos. Él entendió el mensaje mudo, pero no desistió de seguir adelante con su historia.

—No niego que las cosas cambiaron una vez que me convertí en duque, ya que pensé que tenía que . . . cumplir con mi deber de proporcionar un heredero secundario para la Casa de N***.

—Sí, claro —respondió Eleanor con una media sonrisa sardónica—. No hay nada nuevo ahí, Richard, y no veo el propósito de esta conversación.

—Déjame terminar lo que tengo que decir —respondió—. Te prometo que esta desagradable historia tiene un propósito.

Ella encogió los hombros como señal de que podía continuar.

—Esas interacciones con ella eran solamente inspiradas por un sentido del deber. Sin embargo, sabiendo de sus transgresiones anteriores durante nuestro compromiso, contraté profesionales para vigilar sus movimientos.

—¿En serio? —interrumpió Eleanor, levantando la ceja izquierda— Semejante medida estaba por debajo de ti, Richard.

—Sí, me rebajé a hacer algo así, como dices, pero no me arrepiento. Esta precaución me permitió descubrir que, tan pronto como ella sintió que podía hacer pasar las consecuencias de una aventura como resultado de sus deberes conyugales, buscó reconciliarse con su examante, y él no la rechazó.

Hizo una pausa, dejó a un lado su taza de té y se puso de pie, incapaz de continuar su relato mientras miraba a Eleanor a los ojos. Se dirigió a la ventana y la abrió con la intención de dejar entrar el aire para empezar a fumar.

—La dejé creer que me había engañado—, continuó, —y esperé hasta que naciera el supuesto segundo heredero para revelarle mis conocimientos. La acorralé con estos conocimientos y con las pruebas que me habían proporcionado las personas que había contratado para seguir sus movimientos. Luego, como habíamos hecho antes de casarnos, negociamos, pero esta vez incluimos a su primo en la negociación.

Eleanor estaba a punto de decir algo sobre ese desagradable “*ménage-a-trois*”, pero guardó silencio, permitiendo que Richard continuara con su relato.

—Ella sabía perfectamente que yo tenía derecho a solicitar el divorcio. Si yo optaba por esa alternativa, el divorcio le traería todas las cosas indeseables que había intentado evitar cuando se casó conmigo: un escándalo, descrédito social, ostracismo y un notable descenso en su situación financiera. Ella estaba decidida a evitar todas esas terribles consecuencias.

—No es de extrañar —replicó Eleanor, mientras Richard abría su cigarrera de oro para extraer uno de los cigarrillos que contenía.

—Yo estaba preparado para esa oposición. Fue entonces cuando le ofrecí mantener la ridícula farsa que habíamos iniciado cuando nos casamos, sin los deberes de intimidad

implícitos que conlleva un matrimonio. Le ofrecí la libertad de continuar su relación con ese hombre o con cualquier otro si así lo deseaba, e incluso concebir otros hijos de esa manera.

—Nunca imaginé que pudieras ser tan liberal, Richard —respondió Eleanor con desdén—. Muchos de tus pares habrían hecho descender fuego y azufre sobre ella si hubieran estado en tu lugar. Sabes que la historia demuestra que muchos lo han hecho. Después de todo, sólo las mujeres son las que pierden en juegos tan terribles como ese.

—Sabes muy bien que yo no tuve ese lujo; ella conocía un secreto que podía utilizar para vengarse —admitió tras la primera bocanada de humo de su cigarrillo recién encendido.

Eleanor comprendió que se refería a la posición de Terry como hijo legítimo y heredero. Ella ya conocía esa parte de la historia. Sin embargo, fue sólo en ese momento cuando la extraordinaria importancia que Richard le dio al asunto impactó a Eleanor con fuerza. Él había estado dispuesto a hacer un arreglo tan indigno y vivir con esa deshonra durante décadas para mantener a su verdadero hijo como su heredero.

—En esta extraordinaria transacción— continuó Richard—, había algunas condiciones, por supuesto. En primer lugar, ella actuaría con absoluta discreción, sin bajar la guardia en ningún momento. Para guardar las apariencias, una vez más, todos los niños serían registrados como míos y, como tales, disfrutarían de los privilegios asociados a mi linaje, incluida la educación y las conexiones que más tarde podrían ayudarlos a hacer matrimonios ventajosos, lo que les permitiría seguir viviendo de manera similar como adultos.

—Una propuesta generosa, en verdad —interrumpió Eleanor.

—Sí, fue generoso de mi parte, pero también yo tenía otras condiciones.

Eleanor pensó que tal movimiento no la sorprendía.

—La segunda condición se refería a su hijo y a todos los demás posibles hijos que pudieran venir. Exigí al verdadero padre que proporcionara los fondos necesarios para permitir a esos niños una vida independiente desde el momento en que cada uno de ellos terminara la escuela, hasta que pudieran casarse de acuerdo a su posición social. Para su hija, él también proporcionaría la dote. De esos fondos, yo sería nombrado administrador y sería considerado responsable de mantenerlos y hacerlos crecer, si era posible, hasta que fueran entregados a cada hijo cuando fueran mayores de edad o se casaran.

Entonces, Richard se volvió para mirar a Eleanor, pero ella no demostró interés en hacer un comentario, así que continuó.

—La tercera condición era, por supuesto, la más importante. Ella nunca revelaría el verdadero origen de Terrence más allá del pequeño círculo que ya conocía la verdad. Más importante aún, ella y su hijo nunca tendrían derecho a disputar el derecho de Terrence como mi heredero y sucesor. Si lo hiciera, mis abogados revelarían sus acuerdos conmigo y presentarían una petición para declarar extinto el ducado, ya que actualmente no hay otros herederos vivos.

Esta última revelación fue la primera de la noche que hizo que Eleanor se detuviera, incrédula. Sugerir la posibilidad de poner fin a su legado multigeneracional era algo que ella nunca imaginó que Richard haría.

—Debes estar bastante seguro de que las afirmaciones de ella sobre la paternidad de tus supuestos hijos son totalmente infundadas.

—El caso es indiscutible. No sólo tengo abundantes pruebas de sus amoríos de toda la vida y contratos firmados de nuestro acuerdo, sino que el año pasado añadí una nueva pieza a mi arsenal de defensa: un nuevo análisis de sangre que demuestra que yo no soy el padre de esos niños.

—¿Es eso posible, Richard? —preguntó Eleanor visiblemente intrigada.

—Sí, es posible. Se trata de una nueva tecnología que ya se ha utilizado en Alemania para resolver disputas legales sobre paternidad¹². Todavía está en desarrollo y no siempre es precisa, pero en mi caso no se puede cuestionar su exactitud.

—Y supongo que tú, siendo tan experto en esta materia, tienes motivos para creer que no hay ninguna incertidumbre en tu caso. Me pregunto cómo es eso posible—, lo desafió ella.

— Ciertamente no soy un experto, pero quienes me han aconsejado son científicos que trabajan en la vanguardia de este descubrimiento. La verdad del asunto es que soy poseedor de un tipo de sangre muy raro. Uno que nunca podría haber derivado en el tipo de sangre de los hijos de esa mujer¹³. Ella y sus hijos tienen todo que perder si alguna vez se atreve a reclamar el título para su primogénito.

¹² Las pruebas de sangre se utilizaron por primera vez en disputas legales de paternidad en Alemania en 1924. No eran completamente efectivas para probar la paternidad en un sentido positivo (que un hombre era de hecho el padre de alguien), pero aún son efectivas para refutar las afirmaciones de paternidad (demostrando que un hombre en particular no puede ser el padre de una persona con un tipo de sangre en particular).

¹³ Lo que aquí se sugiere es que el tipo de sangre del duque es AB, un tipo muy raro que no puede producir descendencia con el tipo O.

Eleanor no respondió a esa nueva información y se tomó su tiempo para procesar el peso de las palabras de Richard.

—Así que, como puedes ver —continuó él—, por mi parte, he blindado mi trato con ella hasta el punto de hacerlo inquebrantable. Sin embargo, si un tercero, totalmente ajeno a ella o a sus hijos, ofreciera pruebas de que Terrence es tu hijo además de mío, esa persona estaría en condiciones de apelar a la Corona y solicitar que se revoque el estatus de legitimidad de mi hijo. Si se considera a Terry como un bastardo, eso anularía el trato, dejaría a esa mujer y a su progenie expuestos al escándalo y destruiría un legado familiar que ha durado por más de mil años, todo de una sola vez.

En este punto, Eleanor no pudo seguir la lógica de Richard y necesitó una aclaración.

—Entiendo que una revelación así arruinaría las perspectivas de Terry, pero ¿cómo le afectaría a ella y a sus hijos? —preguntó con un movimiento de cabeza que mostraba su escepticismo.

—En caso de un resultado tan desafortunado, ya sea que yo esté vivo o muerto, mis abogados tienen instrucciones de exponer la traición de la duquesa. Sus descendientes también serían declarados bastardos, perderían su nombre y sufrirían el escarnio público junto con toda mi casa—, concluyó mientras sus ojos grises se volvían oscuros como el platino nativo bajo sus cejas espesas y fruncidas.

Eleanor sintió que un espasmo frío le recorría la espalda y le erizaba el vello fino de la nuca. Echarse a Richard Grandchester como enemigo no era algo para tomarse a la ligera. Se hizo entonces un silencio incómodo, sin que ninguno de los dos supiera, durante unos segundos, cómo manejarlo.

—Entiendo tus represalias hacia ella, especialmente considerando su trato cruel hacia Terry —finalmente se atrevió Eleanor a decir, rompiendo el silencio—, ¡pero sus hijos!

Detrás de una espesa nube de humo, el duque levantó una ceja en un gesto de desdén.

—No deberías preocuparte por ellos, Eleanor. Su madre hizo todo lo que pudo para malcriarlos y hacerlos irritantemente superficiales y vanos, a los tres por igual. En el caso de que ese indeseable evento del que hemos estado hablando sucediera alguna vez, les vendría bien bajarse de sus pedestales y probar un poco de realidad —fue la respuesta impasible de Richard— No es como si fueran a terminar en las calles de Londres, por supuesto, pero incluso si así fuera, mi resolución no se tamblearía. No permitiré que un hombre que no tiene ninguna relación sanguínea conmigo ocupe mi lugar como el próximo duque de N***. Eso nunca sucederá ¡Tenlo por seguro!

—Lo entiendo —replicó Eleanor todavía debatiendo las implicaciones de las revelaciones de Richard.

—Lo que está en juego aquí, Eleanor —continuó—, es cómo piensas tú proceder. En el pasado, era yo quien planeaba y tomaba todas las decisiones. El tiempo ha demostrado lo malo que soy para eso. Así que, esta vez, te dejaré tomar las riendas de tu propio destino y el de nuestro hijo y sus descendientes —concluyó apagando el cigarrillo en un cenicero que estaba sobre la mesa de té. Con ese gesto, volvió a sentarse en el sofá, esperando la respuesta de Eleanor.

—Qué generoso de tu parte, Richard—, respondió ella con una carcajada desdeñosa, —has tejido una red enmarañada y ahora me dejas a mí la tarea de desenredarla. Ahora resulta que soy yo quien deberá darle o negar a mi hijo el derecho a heredar una enorme fortuna. Una fortuna que él obviamente desdeña, pero que, no obstante, es considerable. Soy yo quien deberá decidir el fin o la continuidad de una herencia familiar que se remonta a la Edad Media. Soy yo quien deberá decir si un hombre honesto llegará a ocupar un lugar en la Cámara de los Lores y hacer algo por el bien de este país.

—Sí, dicho de manera sucinta, todas esas decisiones dependen de ti ahora —afirmó él con claridad— Lamento haberte cargado con tal tarea. Todo lo que puedo hacer es prometerte que esta vez no haré nada para impedirte actuar de la manera que consideres mejor para tu futuro y el de Terry.

Eleanor pensó que aquella noche era ciertamente una velada de revelaciones improbables y desenlaces aún más sorprendentes. Ver a Richard Grandchester poner el destino de su ilustre familia en sus manos era algo que no esperaba que sucediera nunca. Después de todo, ese mismo hombre había sido quien la había descartado por considerarla indigna de ocupar el lugar de su duquesa y madre de su hijo, todo por el bien de su apellido ¿Podía un hombre haber cambiado tanto? Y, lo que es más importante, ¿qué había desencadenado realmente tal transformación?

—Aprecio la confianza, Richard—, fue su respuesta audible, —necesitaré un tiempo para considerar este asunto y cuando lo haya hecho a mi entera satisfacción, informaré a Terry y Candy sobre el papel que asumiré en la vida de Ricky. Solo revelaré lo que sea estrictamente necesario, por supuesto.

—¿Cómo sabré tu decisión? —preguntó él con un dejo de nostalgia en su voz.

—Le escribiré a tu abogado, si eso te parece bien.

—Es un plan sensato—, respondió él, pensando que su relación con la madre de su hijo se había reducido a una transacción comercial que requería un abogado como mediador. Y no tenía a nadie a quien culpar por ese triste desenlace, excepto a sí mismo.

Cuando Richard finalmente llegó a su auto esa noche, apoyó la cabeza sobre la superficie de piel del asiento trasero ¡Estaba exhausto!

—“*¡Ya está hecho!*”, se dijo a sí mismo mientras se ponía instintivamente la mano derecha sobre el pecho. Una punzada cada vez más familiar le recordó que las emociones del día le habían pasado factura. Buscó una cajita en el bolsillo de la chaqueta de la que sacó una pastilla. Sin ceremonia, se la tragó inmediatamente.

—“*Tal vez debería hacerle caso a mi médico y dejar de fumar*”, se dijo mientras el coche se ponía en marcha. Al día siguiente abandonaría Londres rumbo a Arundel Park para pasar las Navidades con una familia que no era realmente suya. A diferencia de él, Eleanor estaría rodeada de sus seres queridos.

—“*Justicia poética*”, —pensó.